

Prólogo

11 de Febrero de 2011

Cerca de Parachinar, Pakistán

15 kilómetros al oeste de la frontera con Afganistán

Altitud: 22.000 pies

El SOC Javier *Cobra* Corbray permaneció sentado en la penumbra del modificado interior del Súper Hércules C-130J mientras esperaba, junto a los demás miembros de la unidad Delta Platoon, que les dieran la orden de tomar oxígeno. Las bromas habían dado paso a un sombrío silencio cuando los hombres se sumieron en sus pensamientos sobre la misión a la que se enfrentarían esa noche. Llevaban meses entrenándose para ella; sin duda se trataba de uno de los trabajos más concienzudos que Javier podía recordar en los doce años que llevaba prestando servicio como SEAL. Un sinfín de ejercicios de cuerda; saltos nocturnos en paracaídas; escalada en roca y desembarcos desde las Patrols Torpedo en plena noche, con su carrera correspondiente.

Esa noche se jugaban mucho, tanto los Estados Unidos como él mismo.

No obstante, desde aquel once de septiembre, siempre ocurría lo mismo en cada misión.

Abu Nayef Al-Nassar, súbdito saudí, ocupaba uno de los primeros puestos en las listas de los más buscados por el Tío Sam desde hacía cinco largos años. Era el líder del grupo de Al-Qaeda que operaba al noroeste de Pakistán y el cerebro que había ordenado la colocación de bombas en Hamburgo, París y Ámsterdam que estallarían de manera simultánea. Había estado a punto arrasar centenares de vidas humanas, por no mencionar sus ataques contra ciudadanos americanos en Oriente Medio o contra los pueblos de musulmanes chiítas ubicados en los alrededores de Pakistán. Al-Nassar era también el patrocinador de una red de células Al-Qaeda e intercambiaba heroína por armas, desplazamientos y documentos falsos. Si la unidad Delta Platoon lograba capturarlo vivo, requisando de paso sus ordenadores y teléfonos móviles, asestarían un golpe mortal a Al-Qaeda, y conseguirían descifrar los códigos tras los que

se ocultaban las operaciones de los talibanes, tanto allí como en su tierra natal.

Aquel era su deber y su meta como SEAL. Su objetivo como hombre era mucho más sencillo.

Venganza.

—¡Hola, jefe! —Rick Krasinski llevaba en la unidad casi un año. Había sido apodado *Loco K* debido a su amor por las olas gigantes. No había nadie que surfeara mejor que Krasinski—. Este capullo es... es el que secuestró y asesinó a La Muñeca de Bagdad, ¿verdad?

La Muñeca de Bagdad...

El ejército americano le había puesto aquel apodo en 2007, durante la época en la que el presidente Bush había incrementado la presencia americana en la zona. En aquella época todos se apiñaban alrededor de los televisores del comedor del cuartel para disfrutar de las emisiones nocturnas que ella hacía desde Bagdad. Se había ganado el respeto de las tropas americanas cuando presionó al Pentágono para que proveyera adecuadamente al ejército. Después le dio la vuelta a la tortilla y sacó los colores a un grupo de soldados por saquear negocios de iraquíes civiles. Era dura, pero justa, y todos la respetaban. Y además, estaba muy buena.

Alta y con el cabello platino, grandes ojos azul celeste y deliciosas curvas, ella había sido la estrella invitada en las fantasías de cada hombre uniformado, menos en las suyas. ¡Oh!, era una *mami* sexy, sin duda, pero su atractivo nórdico y reservado había resultado demasiado frío para alguien nacido de madre portorriqueña y padre mitad Cherokee, mitad escocés. Siempre pensó que preferiría a una cálida mujer de su isla, con sangre en las venas, que a una valquiria como Laura Nilsson.

O eso había pensado hasta la noche que la conoció.

Estaba de paso en la ciudad de Dubai, de camino a casa, tras una larga misión. Ella entró en el restaurante del hotel donde él estaba tomando un filete y una cerveza y se sentó en una mesa cercana. La reconoció al instante. Cuando dos rusos enormes se acercaron a ella y comenzaron a molestarla, él intervino, invitándoles a marcharse. Ella se enfadó, sí, pero también se fijó en él.

El resultado fue el fin de semana más sexual y sorprendente de su vida. Ella parecía tranquila y reservada por fuera, pero bajo la piel, Laura Nilsson había sido fuego puro que encendió su sangre y le hizo alcanzar una excitación sexual sin límites. Al mantener relaciones sexuales, ambos arriesgaron no solo sus carreras profesio-

nales, sino que se expusieron también a ser castigados con azotes públicos y prisión. El sexo era ilegal entre los solteros en Dubai, incluso para los extranjeros.

Si cerraba los ojos todavía podía saborearla, aún sentía la suavidad de su piel y escuchaba sus gemidos de éxtasis. Laura fue más que una fantasía, fue la mujer más femenina que había tenido alguna vez entre sus brazos, la más apasionada. Él no era más que un chico del sur del Bronx que se alistó en la Marina para dar significado a su vida, un hombre simple que bebía cerveza y tocaba la guitarra cuando estaba de permiso. Ella había sido una mujer con clase y educación, que exudaba sexualidad y sofisticación.

Que le había vuelto loco.

Lo único que le impidió llamarla e intentar verla en otra ocasión fue el acuerdo al que llegaron; aquel sería un fin de semana de loca pasión, sin ataduras de ningún tipo. Ella le dijo que no estaba interesada en el matrimonio ni en la maternidad, y a él le había parecido bien. Ya tenía un divorcio a sus espaldas —no en vano ese era uno de los mayores peligros de ser SEAL— y no quería cargar con otro. Aún así, regresó a Estados Unidos esperando poder volver a reunirse con ella.

Dos meses después, ella había muerto.

El último reportaje de Laura se desarrolló en una casa refugio de mujeres en Islamabad, donde estaba escribiendo una crónica sobre la extendida costumbre que tenían los maridos en Pakistán de quemar vivas a sus mujeres, o de provocarles quemaduras fatales. Las leyes y las autoridades atribuían esas muertes a accidentes y jamás hacían averiguaciones. Ella estaba entrevistando a una joven víctima, cuando la habitación fue acribillada por disparos de AK. Sus guardaespaldas, el cámara y el director de escena que la acompañaban resultaron muertos en el acto. A ella la arrastraron fuera del edificio mientras la cámara abandonada continuaba grabando sobre el trípode cómo luchaba contra los atacantes.

Aquello había ocurrido en el verano de 2009.

Él estaba en casa, en Coronado Beach, cuando sucedió. Vio la emisión en directo y se encontró levantándose, impotente, a miles de kilómetros de distancia. Los gritos de Laura le desgarraron por dentro; todavía resonaban en su cabeza. Cuando el grupo de Al-Nassar se hizo responsable del ataque y se jactó de haberla decapitado, no hubo miembro del ejército americano que no quisiera mandar al saudí al infierno, y en ese grupo sí que estaba incluido él.

Ahora, la unidad Delta Platoon iba a atacarle.

Había hecho todo lo posible para formar parte de aquella misión, todo lo que estuvo en su mano para que fuera la unidad Delta Platoon la que se encargara de ello. Hasta ese momento no había contado a nadie el fin de semana que pasó con Laura, y ahora tampoco podía hacerlo sin que cuestionaran su habilidad para llevar a cabo la operación. ¿Quería cargarse a Al-Nassar? Sí, por supuesto. Por su país y por Laura. Y eso le convertía, desde su punto de vista, en el hombre más adecuado para ello.

«*Sucio hijo de la gran puta*¹».

—Sí, él la mato. —Sostuvo la mirada de Krasinski—. Pero La Muñeca de Bagdad no era su nombre, se llamaba Laura Nilsson. Muestra un poco de respeto por ella, tío.

Laura había sido una periodista increíble, una amante inolvidable y una mujer inteligente y hermosa. Se merecía que la respetaran.

La expresión de Krasinski quedaba oculta por las sombras y por el camuflaje que le cubría la cara.

—Lo haré, jefe —se notaba el pesar en su voz.

Escuchó una voz por el auricular.

—Cuarenta y cinco minutos para el salto.

—¡Poneos las máscaras! —El jefe, al que todo el mundo conocía como teniente Morgan O’Connell, emitió la orden acompañando el gesto con la mano.

JG, el subteniente Ben Alexander, la repitió, igual que él, antes de colocarse la máscara de oxígeno en su lugar.

Los hombres respiraron con normalidad, inhalando oxígeno puro para eliminar el nitrógeno de sus corrientes sanguíneas, con la única finalidad de que ninguno muriera por culpa del dramático incremento de la presión atmosférica al dar el salto. Aquel sería un HAHO, siglas que respondían a un salto desde mucha altura y en el que se abriría el paracaídas muy arriba; las montañas estaban demasiado llenas de rebeldes para arriesgarse a que escucharan el ruido de la lona del aparato abriéndose cerca del suelo.

Los minutos pasaron lentamente mientras él revisaba los detalles de la misión en su cabeza. Al-Nassar sabía ocultarse muy bien, de eso no cabía duda. Su guarida estaba construida en una planicie, junto a un acantilado que caía en picado casi veinte metros. Una posición que le concedía una clara visión del paisaje que se extendía debajo. Las ca-

¹ Las palabras en cursiva están en español en el original. (*N. de la t.*)

vernas que existían en la base de la meseta proveían a Al-Nassar de un lugar en el que ocultar convenientemente la reserva de armas, municiones, explosivos, heroína... y hombres. También le proporcionaban un lugar en el que esconderse él mismo si fuera necesario.

Esa era la razón por la que la unidad no iba a llegar en coche y llamando a la puerta.

Saltarían sobre un valle entre montañas al oeste de Parachinar, a corta distancia del escondite de Al-Nassar. Abrirían los paracaídas sobre los acantilados y, una vez en tierra, el jefe de brigada dividiría la unidad en dos. El jefe, Howe, Force y Murphy formarían la unidad de francotiradores, que cubrirían la operación desde lo alto de los acantilados con los Mk12s con silenciador, una FN M249 para disparos en ráfagas y un lanzagranadas DE LEY M72A2.

Mientras, el resto del comando descendería en rápel. JG tomaría las cavernas con LeBlanc, Johnson y Grimshaw, con órdenes de acabar con cualquier artillería que encontraran. Él se infiltraría con su brigada, compuesta por Krasinski, Ross, Zimmerman, Salisbury, Wilson, Reeves y Desprez. Tan pronto como Al-Nassar fuera apresado y puesto a buen recaudo, tres CH-47D Chinook modificados serían enviados a recogerlos, y en cuanto levantaran el vuelo, alejándose de allí, JG reventaría aquellas infernales cavernas.

Por supuesto, no iban a atacar a un objetivo de tan alto valor como aquel sin apoyo logístico. Estarían en comunicación con su Centro de Operaciones durante toda la noche; un *drone* con infrarrojos térmicos patrullaría el espacio aéreo sobre el escenario de la operación, ofreciendo una vista de pájaro de la ofensiva. Si las cosas se ponían feas, dos equipos de Operaciones Especiales de la Marina se aproximarían con los Black Hawks para recogerlos.

Si nada salía mal, sería pan comido.

—¡Dos minutos para el salto! —escuchó por el altavoz, cuarenta minutos después.

Todos sustituyeron el oxígeno por los respiradores de las botellas que llevaban a la espalda, teniendo cuidado de no inhalar aire durante la transición. Después, los hombres se pusieron en pie; sus pisadas resonaron lentamente contra la chapa de acero, cada uno de ellos cargaba más de cuarenta kilos a la espalda. Con la eficiencia que nacía del constante entrenamiento, todos revisaron sus propios equipos y el del hombre que tenían enfrente. Ya habían pasado la inspección correspondiente, pero en aquel trabajo nunca estaba de más tomar medidas adicionales.

—¡Abrimos rampa!

La rampa y la puerta correspondiente comenzaron a abrirse y el aire helado inundó el compartimento con rapidez. Dos filas de SEALs se dirigieron hacia la salida al abismo, en espera de la señal para saltar. Él se rozó con la mano enguantada el bolsillo de la pechera, donde guardaba la foto de su hermano Yadiel, que siempre le acompañaba en sus misiones.

Se encendió la luz verde.

Todos se movieron al unísono, dejándose caer uno tras otro al rebufo de la hélice. La brigada flotó en el aire, alejándose del Hércules para perderse en la oscura noche.

Ella se arrodilló sobre la alfombra en dirección a La Meca, orando en el primer *Rak'ab*, esforzándose en decir cada palabra de la *sura Al Fatiba* correctamente, para que nadie pudiera decir que lo hacía mal.

Inshallah. «Dios mediante».

Mantuvo la voz baja, apenas un susurro. Aquella misma mañana, al recitar la *fajr*, había fallado también, y Zainab le echó en cara que los invitados de Abu Nayef, los que no eran familia —no *mabram*—, la habían escuchado. Zainab la había golpeado, haciendo que le sangrara el labio.

Pero Zainab siempre la golpeaba.

—¡Jamás aprenderás, *Hanan!* —le gritó Zainab casi al oído—. ¡Eres tan estúpida como fea!

—Lo lamento, *Umm Faisal*. —Jamás se le había ocurrido desafiar a Zainab o a ninguna de las demás mujeres llamándolas por sus nombres de pila, lo considerarían una falta de respeto hacia ellas—. Debe ayudarme a hacer las cosas mejor, hermana.

Llamaba hermanas a las esposas de Abu Nayef, pero solo Angeza —que había sido entregada a Abu Nayef por su padre, Pashtun, en pago por una deuda cuando tenía catorce años—, la había tratado con bondad. Angeza le ofreció comida, la ayudó a estudiar las *suras*, incluso la había protegido de Zainab y de Abu Nayef. Aún así, ella era la mujer de menos valor, por eso rezaba en la parte trasera de la estancia, detrás de todas las demás mujeres y muchachas. Y por eso, Zainab le echaba en cara cada error que cometía.

Las mujeres se inclinaron en una reverencia, y ella las imitó, manteniéndose erguida antes de presentarse en *sujood*, postrándose con la nariz, las manos, las rodillas y los pies tocando la moqueta, con el vientre apretado contra los muslos, como era correcto en

cualquier mujer. El olor a sudor y polvo inundó sus fosas nasales. Se levantó y percibió que había un espejo en la pared contraria, pero no pudo ver su propio reflejo. Se postró otra vez, las oraciones fluían en un ritmo familiar, que llegaba a parecer reconfortante, cuando terminaron el primer *Rak'ab* y comenzaron sin pausa el segundo.

Pero cuando empezaron el tercer *Rak'ab* y terminaron el rezo, su corazón comenzó a palpar con fuerza. Había llegado la hora de su rebelión nocturna. Entrelazó los dedos para ocultar que le temblaban, asustada de que Zainab, Nibaal, Safiya o cualquiera de las demás mujeres notara su nerviosismo y adivinara lo que pensaba hacer. Si supieran lo que se le había ocurrido, seguramente la denunciarían a Abu Nayef.

Quizá así él hiciera lo que siempre había jurado que haría y le cortara la cabeza.

Con el pulso acelerado, trató de decir en sueco e inglés, para sus adentros, aquellas palabras que no se atrevía a decir en voz alta, pero que quemaban en su mente como una fiebre.

Mitt namn är...

Mi nombre es...

Me llamo Laura Nilsson.

Laura se acurrucó en la esquina, en la oscuridad de su pequeña habitación, con la cabeza apoyada en el *burka* que había doblado pulcramente y con la manta cubriéndola por completo. Estaba cansada y necesitaba dormir, pero el sueño no llegaba; el nudo de temor que tenía en el pecho se lo impedía. Era el mismo temor que sentía todas las noches hasta que estaba segura de que todo el mundo estaba en la cama, dormido.

En la habitación de al lado escuchó llorar al bebé de Safiya.

Se había ofrecido para ayudarla. Quería ayudar. Safiya tenía solo veinticuatro años y ya había dado a luz seis criaturas. Pero Safiya no la dejaba acercarse al bebé. Nadie lo hacía. Todos la consideraban una inepta.

Escuchó crujir una puerta. Una profunda voz masculina... Pasos.

Contuvo el aliento hasta que se desvaneció el ruido de las pisadas.

¿Iría a visitarla él esa noche?

Había visto que Nibaal le acompañaba a su habitación. Estaba convencida de que él tendría suficiente con Nibaal y la dejaría en paz.

Inshallah.

Cerró los ojos con fuerza, deseando con todo su ser que él se mantuviera alejado. Angeza le había dicho una vez que Zainab la golpeaba porque Abu Nayef acudía a su cama con frecuencia. Sin embargo, ella habría intercambiado su lugar con Zainab sin pensárselo dos veces. ¡Ojala pudiera hacerlo! No le importaba nada Abu Nayef; lo odiaba.

Odiaba sentir aquellas viejas manos tocándola. Odiaba el agrio olor de su piel, su aliento, la tosquedad de su barba. Siempre era brusco con ella, incluso cuando se quedaba inmóvil y no luchaba contra él.

«¡Que no venga! ¡Que no venga! ¡Que no venga!».

Se quedó dormida, pero despertó sobresaltada con el sonido de la voz de un hombre.

Una puerta se abrió y cerró antes de que los suaves pasos de Ni-baal, que regresaba a la habitación que compartía con sus cuatro hijos, resonaran en el pasillo.

Suspiró, segura de que se había librado por esa noche y, relajándose, se durmió de nuevo.

«Gritos».

Se sentó con rapidez y tomó el *burka*, que se pasó por la cabeza justo en el momento en que la puerta se abrió de golpe.

Una forma oscura llenaba el hueco.

Era un hombre con un arma.

Él la apuntó, haciendo que sobre su pecho bailara un punto rojo.

Demasiado aterrada para gritar, se apretó contra la pared con el corazón martilleándole en el pecho, la boca seca y la mente en blanco debido al miedo.

La cegó una luz.

El hombre dirigió el arma a los rincones, como si esperase ver a alguien escondido allí.

—¡Acompáñeme! —gritó él en árabe, con mucho acento extranjero.

Ella quería hacer lo que le había ordenado; no quería recibir un tiro y morir. Pero el miedo la mantuvo clavada en el sitio, jadeando sin control.

—¡Despejado! ¡El frente está despejado! Aquí hay otra mujer, jefe. —Lo vio cruzar la estancia con dos zancadas—. Entendido, la llevaré al patio.

Escuchar su inglés americano la hizo contener el aliento.

—Vamos. —El hombre habló ahora con más suavidad antes de hacerle una señal para que se pusiera en pie y fuera con él.

Como si fuera un sueño, ella se levantó. El corazón le martilleaba en el pecho con ritmo irregular. El uniforme, el acento americano avivó algo desconocido y aterrador en su interior.

Lo vio aproximarse a ella con el arma en alto.

—¡Venga!

Tuvo la impresión de que sus piernas eran de gelatina mientras bajaba las escaleras, recorría el pasillo principal y salía a la noche fría, donde las demás mujeres aguardaban con sus túnicas, apretando a sus hijos a su alrededor. Los niños lloraban y ellas rezaban en voz alta.

—¡Hanan! —Una de ellas trató de tocarla, llamándola en árabe. «Zainab»—. ¡Hanan, hermana, ven con nosotras!

La atravesó una cálida sensación al escuchar que Zainab la llamaba hermana; resultaba reconfortante la preocupación que la mujer mostraba por ella. La anciana le clavó los dedos en el brazo cuando la arrastró hacia el grupo de mujeres, empujándola al centro, donde otras manos la tocaron, la agarraron, la sujetaron.

Entonces lo vio.

Allí, en el centro del patio, estaba Abu Nayef.

Yacía boca abajo sobre la tierra, casi desnudo, con las muñecas inmovilizadas en la espalda. Un hombre uniformado lo vigilaba.

No muy lejos de Abu Nayef había un hombre muerto con los ojos abiertos y la cabeza en una posición imposible. Sobre la pared, a su espalda, había una rociada de sangre y sesos.

Se le revolvió el estómago. En su mente aparecieron recuerdos ambiguos de otro día muy lejano, imágenes de sangre y cadáveres parpadearon con rapidez ante sus ojos. Apartó la mirada y tragó saliva, luchando para conservar la cena en el estómago.

—¡Van a matarnos a todos! —sollozó Nibaal.

—¿Es cierto? —susurró Angeza, asustada.

Ella negó con la cabeza.

—No nos harán daño —repuso en voz baja.

No podía decir por qué estaba tan segura de eso, pero así era.

Hombres armados y uniformados parecían estar por todas partes: en el tejado, en el patio, en el interior de la casa. Tenían las caras pintadas de negro, lo que hacía que fueran simples sombras en la oscuridad. Parecían buscar algo.

—¿Dónde están tus lágrimas, Hanan? —Zainab le pellizcó el brazo—. ¿Ves lo que han hecho a nuestro marido? ¿Ves lo que le han hecho estos americanos?

«Americanos».

El anónimo terror que la atenazaba por dentro se hizo más grande.

Pero no era capaz de llorar, no por Abu Nayef. Le odiaba. Se concentró en escuchar cada palabra que decían entre sí los hombres de uniforme.

—JG, aquí tenemos una docena de mujeres y niños aterrados. ¿Estarán a salvo cuando vuelen esas cuevas? —preguntaba el que vigilaba a Abu Nayer a un pequeño micro cercano a sus labios pintados—. ¡De acuerdo!

—Jefe, tenemos nueve discos duros, cuatro móviles y un puñado de memorias USB. También encontramos una caja llena de CDs y archivos variados —dijo otro de los soldados.

—Mételos en una bolsa —ordenó el que parecía llevar el mando antes de seguir hablando al micro—. Jefe, estamos listos para comenzar la retirada. ¡Chicos, es el momento de largarnos!

«Americanos».

Se estremeció sin control.

—¿Qué ruido es ese? ¿Lo has oído? —Zainab alzó la mirada al cielo.

Era un zumbido. Un zumbido de helicópteros acercándose.

Intentó ver el cielo sin estrellas a través de la rejilla del *burka*, pero no vio nada. La noche parecía totalmente irreal.

Una de las mujeres —Safiya— comenzó a sollozar mientras estrechaba al lloroso bebé contra el pecho.

—¡Se lo llevan! ¿Qué será de nosotras?

En el cielo oscuro aparecieron tres helicópteros negros en la noche ya oscura. Tenían una hélice en la parte trasera y otra delante. Uno bajó, aproximándose a los acantilados, y los hombres de uniforme negro se levantaron como fantasmas del suelo y treparon a bordo, con las manos llenas de armas. Otro de los aparatos aterrizó en la base de los farallones. El último se posó en la plaza y sus rotores gigantescos levantaron una nube de polvo que lo cubrió todo.

Aquellos hombres habían rodeado la casa sin que nadie se enterara.

Uno de ellos comenzó a gritarles a ellas en un árabe apenas entendible, aconsejándoles que se refugiaron en la casa para estar más protegidas.

Ella se vio atrapada en una marea de pánico azul y negra, cuando las mujeres vestidas con *burkas* y *abayas* la empujaron hacia la edificación. Zainab seguía clavándole los dedos en el brazo cuando ella miró por encima del hombro. El soldado seguía allí, inmóvil, mientras dos de sus hombres obligaban a Abu Nayef a levantarse, suje-

tándole por los codos, y le arrastraban al helicóptero que aguardaba para subirlo por la rampa trasera.

Se marchaban.

Los americanos se marchaban.

Una alarma comenzó a sonar en su cerebro. Pitaba tan fuerte que ahogaba cualquier otro sonido, incluido el de las hélices. Aquel miedo anónimo crecía, ganaba impulso y la envolvía en una oleada de terror que su mente transformaba, poco a poco, en un único pensamiento que le detuvo el corazón.

Ana amrekiab. «También soy americana».

—*Ana amrekiab.* —No se dio cuenta de que había dejado de caminar ni de que había hablado en voz alta hasta que Zainab le sacudió el brazo con fuerza.

—¡Cállate o te cortaré la lengua!

Sus firmes manos la empujaron hacia la casa, haciéndola trastabillar. Ella volvió a mirar atrás, vio que el hombre alto las observaba y se dio cuenta de que estaba esperando para subirse al helicóptero cuando ya no quedara nadie en tierra. Después, él también desaparecería por esa rampa.

Cuando las mujeres llegaron a la puerta, él retrocedió dos pasos y se dio la vuelta, diciendo al micro algo que ella no pudo oír.

Los americanos se marchaban... sin ella.

Aterrorizada, corrió hacia él, alejándose de las demás mujeres.

—¡Alto! ¡Esperad un momento! ¡Yo también soy americana!

Pero sus palabras se las llevó el viento y el rugido de los rotores de los helicópteros.

—¡Alto! ¡Esperad un momento! ¡Yo también soy americana!

Javier atrapó aquellas palabras por encima del sonido de las hélices, pero tardó un momento en asimilarlas. ¿Habían salido de debajo de uno de esos *burkas*?

—¡Señor, cuidado! Una está corriendo detrás de usted. —Ross bajó la rampa y se arrodilló para apuntar con un arma.

Él giró sobre sí mismo con el arma en la mano y vio que la más alta de las mujeres corría hacia él, con el punto rojo de la mira del láser de Ross bailando en su frente cubierta.

—¡No dispaes! —Él mismo la apuntó con su M4—. ¡Alto! ¡Al suelo!

Pero ella ya había caído de rodillas con la tela azul ahuecándose a su alrededor mientras prorrumpía en sollozos aterrados.

—¡Ayúdeme! —gritó la mujer con acento americano—. También... También soy americana.

Él se aproximó a ella al mismo tiempo que otra de las mujeres salía del grupo con un cuchillo en la mano. Esta última gritó algo en árabe, pero no corría hacia él, sino hacia la que estaba postrada en el terreno. Sus intenciones eran evidentes.

Sin un titubeo, alzó el M4 y le disparó dos veces, haciendo que cayera al suelo.

Las demás mujeres, ahora agrupadas en la puerta, comenzaron a gritar.

La voz de JG resonó en su oído.

—¡Corbray! ¡Qué cojones ocurre!

—Creo que hemos dado con una rehén. —Se acercó con rapidez a la mujer aterrada y apresó con el puño la tela desvaída del *burka* para desgarrarlo de arriba abajo, exponiéndola ante sus ojos.

Durante un momento, lo único que pudo hacer fue mirar a aquella mujer fijamente, percibiendo las lágrimas y las magulladuras que cubrían sus mejillas; el labio hinchado y la cara flaca; el camisón raído; la sorpresa y el terror que asomaban a sus ojos.

«¡Laura!».

Entonces se impuso el entrenamiento de toda una vida.

—Estamos rescatando una ciudadana americana. Repito: una ciudadana americana. ¿Me escuchas?

Ross y Zimmerman bajaron corriendo la rampa del helicóptero y adoptaron posiciones defensivas, dispuestos a abatir a cualquiera que les amenazara a él o a Laura.

—Hemos oído su llamada, señor —repuso el oficial que comandaba el tercer helicóptero, el que ya volaba algunas decenas de metros por encima de ellos—. Tráigala y salgamos pitando de aquí. El enemigo comienza a atacar por el este. ¡Tiene que subir al helicóptero ya!

El segundo Chinook subía lentamente con el viento a favor. Las enormes hélices blancas eran un objetivo claro de los RPGs soviéticos. Los pilotos debían tomar altura y velocidad antes de que el enemigo las alcanzara.

—¡De acuerdo! —Sabido que los demás le cubrirían las espaldas, Javier guardó la M4 en la funda, tomó a Laura en brazos y giró hacia el último helicóptero, recorriendo el largo trecho a grandes zancadas. Sin mirar atrás, subió la rampa corriendo y depositó a Laura en el asiento plegable. Ross y Zimmerman le siguieron y cerraron la rampa.

—¡Todos a bordo! —gritó Zimmerman.

—¡Rampa plegada!

—¡Rampa plegada! —El grito se repitió cuando subieron la otra, situada en la parte delantera. Las hélices aceleraron. Los segundos parecieron horas cuando el enorme aparato levantó el vuelo lentamente mientras el piloto luchaba contra el viento intentando mantener la vertical.

Explotó algo no lejos de la hélice de cola y la onda expansiva hizo que el aparato diera bandazos en el aire, arrancando a Laura un jadeo. Él le puso la mano enguantada en el hombro, esperando tranquilizarla.

—No se mueva.

«Joder! ¡Demasiado cerca!».

Los segundos siguieron su curso y parecieron quedar señalados por dos explosiones más, cada una más distante que la anterior, cuando el helicóptero ganó velocidad. De pronto, resonó un profundo trueno cuando JG hizo detonar los explosivos de las cuevas.

—¡Conseguido, señor! —le señaló Krasinski—. ¡Cobra lo ha conseguido otra vez!

—La misión no terminará hasta que estemos de vuelta en la base, Krasinski. —Con el corazón acelerado, él se apoyó en la cuerda trenzada que había en el lateral del aparato y se agarró a ella para mantener el equilibrio conteniendo el aliento, intentando domar la adrenalina, mientras examinaba a sus hombres y la situación. Reeves había sido alcanzado en el hombro y Wilson, el médico de la unidad, ya estaba tratándolo. Necesitaría pasar por el quirófano y fisioterapia, pero estaba bien. Nadie más había resultado herido, solo algunas magulladuras y arañazos. Al-Nassar estaba vapuleado pero vivo y, más importante, los portátiles, móviles, discos duros y memorias USB puestos a buen recaudo.

La unidad Delta Platoon había conseguido su objetivo y... había logrado algo más.

Bajó la mirada hacia Laura, presa de una mezcla de alivio y furia. Ella estaba claramente en estado de shock. Permanecía sentada, retorciendo un camisón blanco que dejaba poco a la imaginación, con la cabeza gacha y el pelo enredado. Estaba muy delgada y pálida, como si hubiera estado enferma recientemente y no hubiese probado una comida decente desde hacía meses. Tenía magulladuras en la cara y en los brazos, prueba fehaciente de que las demás mujeres la habían tomado con ella.

Todo aquel tiempo —dieciocho jodidos meses— ella había estado viva.

«*Joder!*».

El grupo de Al-Nassar había afirmado que la habían degollado. Habían mentido. ¿Por qué?

Lanzó un vistazo a Al-Nassar, que tenía la mirada clavada en Laura. En sus ojos podía leerse un intenso odio mezclado con una especie de fiebre depredadora.

Lujuria.

Aquel cabrón la había sometido, la había utilizado, le había hecho daño.

«*Hijo de la gran puta!*».

Como si se viera acorralada, Laura miró a su alrededor. Había hombres por todas partes. Lo vulnerable que ella parecía hizo que él se desgarrara por dentro. Tomó una manta de la cuerda trenzada y se la puso sobre los hombros.

Ella se envolvió en la tela con rapidez y le miró como si no estuviera segura de que fuera real.

—Gr... gracias.

—De nada. —Él nunca llegó a confesarle que era un SEAL y estaba seguro de que ella no le había reconocido bajo la pintura y el uniforme de camuflaje.

Uno por uno, todos sus hombres la saludaron con corteses gestos de cabeza.

—Señora...

—Estamos encantados de tenerla a bordo, señora.

—Bienvenida, señora Nilsson.

De pronto, Al-Nassar comenzó a hablar, dirigiéndose a ella con voz furibunda.

Laura palideció todavía más y abrió los ojos asustada.

Algo en su interior, estalló.

Lanzó un puñetazo a la cara de aquel cabrón y luego repitió el gesto. El dolor en los nudillos no sirvió para satisfacer la cólera que ardía en su interior. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, retrocedió un paso y apretó los puños con fuerza, intentando contenerse.

—Wilson, amordaza y venda los ojos de este capullo, antes de que lo mate.

—A la orden, señor. —Wilson tomó un rollo de gasa del botiquín y lo metió en la boca del árabe, asegurándolo allí dentro con más gasa.

Al-Nassar comenzó a forcejear para intentar alejar la cabeza; le goteaba sangre de la nariz y tenía un corte en la mejilla.

Zimmerman lo puso en pie, y no le trató con suavidad, mientras Wilson le cubría los ojos.

—Tienes que cerrar la jodida boca y dejarla en paz, gilipollas. ¿Lo has entendido? Sí, sé que me has entendido. Estudiaste en Oxford, ¿verdad? Y les pagaste a los británicos esa educación de primera clase intentando hacerlos saltar por los aires.

Temblando de furia incontrolable, él volvió a mirar a Laura otra vez. Seguramente ella pensaba que habían ido a rescatarla, cuando lo cierto era que ni siquiera sabían que estaba allí. Si no hubiera gritado, haciéndose notar... Si no hubiera corrido...

«¡Dios!».

No quería pensarlo.

Lo único que contaba era que lo había hecho. Laura había encontrado fuerzas y valor para liberarse, para gritar, para hacerles saber que estaba allí.

Y ahora, la llevarían de regreso a casa.